

EL CRISTIANISMO Y LA GUERRA

Al doctor Estanislao Zeballos, amistosamente.

La actual conflagración de Europa ha hecho poner en tela de juicio al sistema de moral y de Metafísica por el cual Cristo murió en el madero de la cruz. El descendiente del Rey David dióse a sí mismo el título de Príncipe de la Paz, que no pocos han juzgado irónico, dados los 1900 años de guerras sobrellevados por la humanidad.

Pero, si lo recordáis bien, el Justo de Galilea también dijo que traía una espada para el mundo. En ese pensamiento está contenida toda la cuestión que buscaré presentaros.

¿Podemos concebir una filosofía práctica de la vida más combativa que el Cristianismo? ¿Cuál es su razón de ser, si no el conflicto del espíritu y del cuerpo, no porque ellos sean antagónicos, es decir, el uno divino y el otro satánico como creen algunos, sino porque la tendencia del cuerpo es la de sobreponerse al espíritu, su rey y señor? Y si llevamos al terreno social estas ideas qué tenemos, sino el antagonismo de gran escala de las ideas de paz, constructivas, serenas y las de la concupiscencia de la carne o si queréis darle un nombre completo, la guerra.

La actual contienda no es la consecuencia, cual quisieran algunos pensadores superficiales, de la sumisión cristiana, de la pasividad cristiana, sino muy por el contrario, el efecto de la mentira cristiana que se ha substituído al genuino cristianismo.

Juzgamos al cristianismo, decía el teólogo danés Kierkegaard y decía bien. Justamente porque Cristo no es la carne de nuestra carne y el espíritu de nuestro espíritu, es que las naciones más históricas del mundo actual, se han lanzado a destruirse mutuamente.

Y vedlo bien, sin apasionamientos de ninguna especie, con la calma del historiador; ¿cuál es la guía, el numen, el mentor de los

más atroces principios destructores, sino el más materialista de los contrincantes, aquel que ha llevado la ciencia hasta lo más íntimo y recóndito de sus actividades? Es aquella nación donde el Cristo tiene menos adeptos, es aquella donde el Evangelio ha sido desmenuzado y pulverizado por un análisis frío, mecánico y trascendente.

David Straus, el jefe tan confiado y seguro del Nihilismo científico, que ha embriagado no poco a ciertos pueblos, cuando gozaba de la más completa salud física proyectó le cantasen el coro de Isis de la Flauta Encantada de Mozart, pero al acercársele el duro trance de la muerte, pidió en lugar de ello, le leyeran las páginas que Platón ha escrito sobre la inmortalidad del alma.

Así también, las generaciones actuales que anteponen la violencia física a los dictados del espíritu, volverán a la Revelación, rindiendo así un homenaje supremo al viejo Evangelio.

El no practicarlo, es la causa de la guerra con su impiedad, sus horrores y sus crímenes.

La guerra es el resultado de la moral o mejor dicho, el modo de resolver sus faltas de armonía, las fieras. El Cristianismo, si queréis, es una forma también del principio universal de la lucha: busca resolver la carencia de paz entre el espíritu y el cuerpo, pero cuál consecuencia del pensamiento, del pensamiento eterno e inmutable, en este caso. Tan magna, tan vasta, tan trascendente es esta doctrina, que después de 1900 años de tentativas por aplicarla, estamos todavía tan alejados de ella como el primer día.

Existe en Física una ley, cuyo enunciado es: nada se crea ni nada se destruye. En el mundo moral, digámoslo así, actúa la misma ley. Cristo con sus reformas, no pensó en destruir al hombre ni crearlo de nuevo, pero sí en darle otras expresiones a su naturaleza, otras equivalencias. Pensó substituir el ataque físico por una sed tal de justicia que nuestro adversario no tuviese nada en que apoyarse para buscar nuestra ruina.

Quiso entre otras muchas cosas, elevar a los humildes de la tierra a posiciones que otrora hubieran parecido imposibles de alcanzar.

La paz no tuvo seguramente en ninguna época de la historia más prestigios que poco antes de los días de estallar la horrible catástrofe que todos lamentamos de corazón. Pero, ¿era sincero este estado de los espíritus cuando ciertas naciones en

tanto que peroraban de paz, se convertían solapadamente en grandes usinas de medios destructivos?

La gran mentira de querer la paz preparándose para la más espantosa de las guerras, ha tenido el resultado de todas las mentiras: la falta de éxito.

Todo pueblo, como todo individuo, siguiendo a lo que parecería una ley ineludible, está destinado a la más segura derrota, si pretende sojuzgar brutalmente a los demás, si osa violentar sus derechos. Me citaréis ejemplos de la falacia de esta pretendida ley, pero ved las cosas con un espíritu no del momento pasajero, sino del tiempo eterno y os cercioraréis de la verdad del argumento. Lo mal adquirido nos es arrebatado tarde o temprano. Para conservarnos en el derecho de posesión de una cosa, ya sea esta física o espiritual, nuestro primer deber hacia ella es de justicia hacia la esencia de esa cosa. Un pueblo libre, sojuzgado por otros, mediante una guerra u otra circunstancia, necesita para ser retenido bajo un dominio ajeno, permitirle cuanto antes el desenvolverse dentro de su espíritu, dentro de sus leyes y sobre todo, dentro del progreso general de la nación o raza conquistadora. De lo contrario ¿qué ocurre? Un estado de rebelión permanente; se siembra una semilla de guerras futuras, se fomenta la discordia cívica porque se plantó la injusticia.

¿No es, acaso, todo ello, la perfecta interpretación del Cristianismo: a cada uno le será dado según sus obras?

¿En qué términos formularíamos las condiciones del estado cristiano, sino en estas dos palabras, a cual más hermosa y sugerente: *Paz con libertad?*

Tomemos un ejemplo de ello, sacado de la historia contemporánea para aclarar mejor nuestra proposición: Francia, después del caos revolucionario, se volvió una tiranía militar a cuya cabeza estaba Napoleón Bonaparte. El pueblo de los derechos del hombre perdió su cabeza contrariando las tres ideas santas de su credo político: libertad, fraternidad e igualdad. Se lanzó a sojuzgar el mundo. Creyóse tan poderosa la nación francesa y tuvo tal orgullo de su superioridad con respecto a los demás pueblos que se juzgó llamada a dominar el mundo e inculcarle su cultura y su política. ¿Cuál fué el resultado de tan tremendo error? quince años de cruentas luchas; mucha gloria y más miseria; el agotamiento de la noble y fuerte raza, con la muerte de 500.000 de sus más selectos hijos. Con la batalla de Leipzig em-

pezó y Waterloo trajo a su término la emancipación de la nación francesa del yugo estéril, sangriento y egoísta de la idea imperialista encarnada en el Condottiere Corso. Santa Elena fué para Francia lo que la roca para Prometeo: allí encadenada, sufrió el martirio de sus ambiciones y la gran purificación. No fué éste, sin embargo, el último acto del drama del dominio universal por Francia. Napoleón III en Sedán, puso fin por completo a tan loco ensueño. De ese entonces acá, con un gobierno popular, Francia ha encontrado a sí misma, y su misión en el mundo moderno.

Libre del doble incubo del imperialismo y del sistema militar absorbente, ha tomado su lugar de primera fila al frente de la civilización contemporánea.

La teoría del «estado soy yo» de los monarcas absolutos y aquella otra, más moderna aún, pero no menos monstruosa por eso, de que el Estado es un poder superior al individuo, han venido a parar, siguiendo la evolución natural de las cosas, a una organización social por la cual los hombres se garantizan a sí mismos el libre juego de su genialidad individual, su derecho a desenvolver sus propósitos de paz y confiados en el progreso.

El único término posible del militarismo y el advento del estado cristiano es venciendo ese sistema una vez por todas, con sus propias armas.

Hace 80 años que el poeta Enrique Heine, nada sospecho de parcialidad hacia el Cristianismo, escribió estas palabras, que suenan a profecía:

«El Cristianismo, y este es su mayor mérito, ha debilitado en cierto grado, pero no destruído el goce brutal de la batalla. Una vez que el talismán educativo, la cruz, sea partida en dos, surgirá nuevamente el salvajismo de los antiguos guerreros, la furia sin sentido de los Berserker, de la cual tanto cantaron y hablaron los poetas del Norte. Entonces se levantarán los vetustos dioses de piedra de sus ruinas silenciosas y se quitarán el polvo milenario de los ojos. Thor, con su martillo gigantesco vendrá y hará añicos las catedrales góticas».

Os he citado este párrafo, con el propósito de aseverar más, con ejemplos, el antagonismo absoluto que la guerra supone en relación con el Cristianismo.

Es el error contra la verdad.

Leed los libros que tratan del poder mundial o de la decadencia

de las naciones; del Evangelio del puño cerrado y otros del mismo tenor y veréis al principio no más, expuestas las mayores blasfemias contra el Maestro de nuestro adelanto moral.

Escuchad esta paráfrasis de una obra célebre: «Judea y Galilea (leer el Mosaísmo y el Cristianismo) echaron sobre Grecia y Roma su triste fascinación cuando estaban por decaer.

«Cuando Roma fué conquistada en el siglo V por las hordas nórdicas, esos pueblos deslumbrados por la autoridad del Imperio Romano cometieron el gran error de adoptar la religión de los vencidos».

Continúa el citado filósofo diciendo que por espacio de treinta generaciones, esas nacionalidades han estado batallando por ver con ojos que no eran los suyos, por adorar a un dios que no era el de ellos, por vivir de acuerdo con una visión del mundo que no fué creada por ellos y suspirar por un cielo al que no tenían derecho de propiedad.

Desde aquí en adelante la nación no se propone someterse más a este credo, que le es extraño, formado en un clima diferente al suyo. Más adelante, en la misma obra, con ese orgullo verdaderamente luzbérico se pregunta el autor ¿cuál será la religión de la juventud moderna, educada en aquellas ideas?

Desde el siglo XIV se contesta a sí mismo, hasta el décimo nono, el combate no ha sido solamente contra Roma, sino contra el mismo Cristianismo.

La franqueza es la más preciosa cualidad del mundo y estas palabras colocan a la cuestión que nos ocupa, en su verdadero terreno.

Se trata nada menos que de formar una nueva religión al son de los cañones y entre los humos de los gases asfixiantes y venenosos, una religión del valor salvaje y temerario en que creyeron especialmente Napoleón y Nietzsche.

¡Ah, si el pueblo actual se ha apartado de Cristo, es la hora solemne de volver a él cuando se quieren reemplazar los dictados de la razón por el instinto de las fieras!

Os daré aún otro ejemplo de la persecución directa a la escuela de Cristo, que significa la guerra.

Ved cómo se han transformado las beatitudes en boca de los modernos profetas:

«Habéis oído otrora, que os fué dicho, bendito sean los humildes porque heredarán la tierra; pero yo os digo: bendito sean los

valientes porque harán de la tierra su trono. Habéis oído decir a los hombres: benditos sean los pobres de espíritu, pero yo os declaro, benditos sean los magnánimos y libres de espíritu porque ellos entrarán en el Walhalla. Y habéis escuchado decir también a los hombres, benditos sean los pacificadores; pero yo os digo: benditos sean los guerreros, porque serán llamados, sino hijos de Jehová, hijos de Odín y de Thor, quienes son todavía más grandes que Jehová».

No pueden coronarse de más éxito las premisas sentadas al principio.

El Cristianismo es inconciliable con el genio de agresión militar; es completamente ajeno al código ético que procede de un estudio científico de las costumbres de los pueblos primitivos, por no decir de las asociaciones zoológicas.

Lo verdaderamente maravilloso de los preceptos evangélicos es su acuerdo con las leyes fundamentales de la sociedad, leyes descubiertas por los hombres modernos después de estudiar de una manera amplia y extensa, los fenómenos sociales.

Viene la palabra sociedad del latín *socius*, cuyo significado es el de asociado o compañero. ¿No es acaso de la esencia misma del Cristianismo el considerar al hombre como a un ser cuyas relaciones con los demás hombres deben establecerse sobre la reciprocidad del deber y del amor?

La palabra sociedad, según el mismo criterio científico o sociológico, no designa en resumidas cuentas, sino un número de personas cuya mente está orientada en un mismo sentido y por ello, pueden trabajar en fines comunes.

Si echamos, aunque más no sea una mirada rápida por la historia del progreso, qué vemos? Después de siglos de preparación política y hasta diré de selección física, aparece Grecia, y luego le sigue Roma; Atenas, resumiendo más que cualquier otra ciudad o comarca de la Hélada, el espíritu de esa civilización, desarrolló sobre todo, el criterio filosófico y artístico de la humanidad. Roma dedicóse más bien a organizar la vida social y extender esa experiencia a todo el mundo conocido de entonces.

La decadencia de Grecia como de Roma, podemos explicarla precisamente por el auge excesivo del poder militar. A él se sacrificaron todas las energías. Los grandes ejércitos no podían mantenerse sin un poder altamente centralizado en la metrópoli y éste no tardaba en degenerar en una tiranía arbitraria.

El progreso político del mundo consiste sencillamente en otorgar más libertad al individuo dentro de los límites que no perjudiquen a la masa.

Por eso, los comienzos del progreso moderno empiezan con la historia luminosa de pequeñas unidades, las ciudades de Italia, Florencia, Siena, Bolonia, Venecia y Génova.

Cada paso dado por un pueblo hacia su libertad política o lo que equivale a decir el acuerdo de su libertad íntima con la libertad social, ha costado infinitas guerras y revoluciones. La historia del mundo es una historia de sangre y de crímenes. Previéndolo, Cristo no fundó organización social, política o religiosa, Él se fué derecho al hombre. Modificar a éste era indirectamente transformar a la sociedad. Sin sufrimientos de ningún orden, Cristo quiso que el hombre llegase a donde vamos arribando con lentitud desesperante.

¿A qué confina todo el esfuerzo del hombre como ser político o ente social, si no es en hacer coincidir su idealismo con la realidad? Todos estamos, a semejanza del Maestro, íntimamente convencidos de que el derecho emana de Dios, de que el bien triunfa aunque tarde siglos para vencer. El perfecto conocimiento de sí mismo, es el de la facultad de moverse en un ámbito de divina libertad. Con cada edad se acrecienta el número de los conversos a esta idea.

Tan alto es el ideal social del cristianismo, que no ha sido reproducido en su totalidad en ningún hombre, pero existen individuos que lo han reflejado lo más posible.

En los tiempos del Imperio de Roma, el llamarse ciudadano de la capital del Mundo, era anunciar un conjunto de condiciones que hacían del feliz poseedor un ejemplar de los más elevados de la cultura de la época.

Los caballeros de la Edad Media, fueron para ese tiempo, los que reunieron los elementos más ideales de la vida de entonces.

Si nos atenemos a los días por que corremos, creo que la cultura humana culmina en el *gentleman*, vocablo que un hondo escritor español ha definido: el guante de seda en la mano de hierro.

No puedo menos de daros sucintamente el análisis del hombre ideal de nuestros modernos tiempos, de aquel cuya supremacía en los consejos de las naciones hubiese significado paz en la tierra. No os hablo de utopías sociales o de frases elocuentes, sino

de hechos, porque los *gentlemen* gobiernan a la cuarta parte de la población de la tierra.

La vida ordenada y en paz, hasta donde es humanamente posible ¿no es ya un gran paso hacia la realización espiritual del Reino?

Las razas, notadlo bien, a quienes más anima un propósito de armonización con los vecinos y los vencidos, son aquellas que más territorio poseen.

«El *gentleman*, — ha dicho Ramiro de Maeztu — ha de ser fuerte, valeroso, duro para consigo mismo. De ahí el cultivo del sport, del ejercicio físico y de los peligros, pero al mismo tiempo ha de dominarse a tal punto que en su comportamiento con los demás, no muestre nunca su fuerza, sino cuando la justicia lo demande.

Su ideal le ordena no molestar nunca a los demás. Ha de ser, por lo tanto, reservado en las palabras y sobrio en los gestos. No dirá sino lo que tenga que decir, y ello en voz baja y sin mover las manos. No hará preguntas ociosas a nadie; no se entregará nunca tampoco a confidencias que el oyente pueda juzgar indiscretas. Si en un vagón del tren hay un departamento ocupado por un viajero y otro vacío, el *gentleman* irá al vacío, porque es deber suyo respetar la soledad y el silencio del prójimo.

El *gentleman*, será escrupulosamente limpio, pero no por estética, no por refinamiento personal, sino por no molestar a los demás con su suciedad.

También será parco en atavíos, pero no por asceticismo, sino para no molestar a los demás con su ostentación. Será fuerte y bien formado, pero no por inclinación natural al atletismo ni por narcisismo, sino para no molestar a los demás con el espectáculo deprimente e intranquilizador de un hombre débil y mal hecho. Se guardará sus penas para sí mismo porque no debe molestar a los demás con sus relatos. No os pedirá favores porque no debe incomodaros. No os los hará tampoco sino después de haberse cerciorado muy discretamente de que no os molesta al favorecidos. No elevará la voz en público como no tenga que pronunciar un discurso, porque sabe que con ello importuna a los demás. Tampoco tolerará de buena gana que vosotros alcéis la voz donde él se encuentre. Tendrá, a lo sumo, un amigo o una amiga confidencial. Para con todos los demás, parientes, amigos, o conocidos, guardará respetable distancia, que es decir una distancia suficiente para infundir respeto mutuo.

El *gentleman*, en una palabra, ha de estar educado de tal modo, que no pierda nunca la conciencia de que el prójimo existe y es digno de respeto. La palabra *self-consciousness*, en inglés, no significa realmente conciencia de sí mismo, sino conciencia del prójimo, conciencia de que el *gentleman* no debe ofender, ni engañar, ni explotar, ni oprimir, ni molestar al prójimo; pero tampoco dejarse ofender, engañar, explotar, oprimir o molestar por el prójimo.

Esta doble función de respetar al prójimo y hacerse respetar por él impone al *gentleman* una constante vigilancia de sí mismo, un perenne *control*, para emplear la palabra técnica. Este control de sí mismo supone un gasto incesante de la voluntad en la atención.

El director de un colegio de *gentleman* de segunda enseñanza se cuida tanto de que sus alumnos lleguen a ser *gentleman* que sólo en segundo término se preocupa de que estudien o no. Lo que le preocupa es que sean limpios, sanos, enérgicos, veraces, buenos camaradas, incapaces de delaciones y de chismes. El resto, que sean buenos matemáticos o buenos lingüistas o buenos técnicos, viene en segundo lugar.

Hablo aquí, está claro, de las clases superiores de Inglaterra, pero como las otras clases las imitan, podemos decir que en la formación del *gentleman* culmina la cultura de Inglaterra».

No encuentro, por más que lo busque, ejemplo más claro de la clase de hombres necesitados por el Cristianismo, que este último. Los *gentlemen* han hallado un equivalente enérgico y al propio tiempo sereno de la guerra. Frente a la música de un himno del Renacimiento, apellidado con razón la Marsellesa de esos tiempos, leemos las palabras: *Langsam und feirlich*. El compositor ha querido expresar con ello, que sus pujantes versos fueron cantados con energía y al mismo tiempo con una tranquilidad que viene de la fe. Así debe ser nuestra actitud hacia las cosas del mundo.

¿Será esta guerra, cual muchos lo presienten, la última de ellas? No lo sé, mas a una cosa importantísima habrá contribuido la catástrofe máxima de todas las edades, y es ella: que sólo en Cristo, todos podemos sentirnos uno, no importe para ello que hayamos nacido en el Asia, en el Africa, Australia, Europa o América. Sólo una alianza cordial de todos los pueblos, basada

en el amor de Dios y del prójimo es capaz de prevenir los males de la discordia y de las rivalidades comerciales.

Vano es pedírselo a la sola ciencia. A las más angustiosas preguntas de nuestro corazón jamás podrá responder como aquel Maestro que fué todo lo que somos nosotros y todavía aquello que debiéramos ser.

Cristo es la seguridad de la paz que vendrá a la tierra y que ya está en el cielo.

Cristo tiene la llave maestra que abrirá las puertas a una era con que sólo sueñan los menos de nosotros.

ALBERTO NIN FRÍAS.
